

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

NOVIEMBRE N.º 51 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Los indios del Senegal, por X.—La inundacion, poesia por J. Ortega Gutierrez.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Maria, novela por E. B.

ESTUDIOS DE VIAJES.

LOS INDIOS DEL SENEGAL

(CONTINUACION)

No conocen el uso de las sillas, y cuando se sientan para comer, lo hacen sobre un trozo de madera, y con mas frecuencia se tienden boca abajo sobre el vientre, con el plato en el suelo y apoyándose en los codos. Tienen al lado su calabaza, y comen con los dedos. Las cabezas de familias comen solos, y cuando han terminado su refaccion se acuestan en sus hamacas mientras que sus mugeres é hijos se colocan en rededor suyo para comer lo que les dejan. No guardan en sus comidas horas ni periodos determinados, sino que lo verifican cuando se sienten necesitados.

Todas sus diversiones las cifran en un baile ó

danza que llaman *Chaoín* y que mas bien que baile compasado, ofrece la imágen de la locura y del delirio. Es imposible pueda concebirse una cosa mas salvaje y desordenada. Sus movimientos son los mas bruscos, mas vivos, hacen las contorsiones mas furiosas y ridículas que pueden imaginarse. Cualquiera al verlos por primera vez creeria se iban á desnucar ó á dislocarse, y crugen sus músculos por la violencia que emplean en sus forzadas actitudes. Apenas puede seguirles la vista y fijar la atencion en los precipitados grupos y posturas que presentan. Esta danza infernal, reúne para los naturales tanto atractivo, que no desperdician ocasion de entregarse á ella; cualquier cosa, la mas insignificante les sirve de pretexto para bailar. No se comprende como la estructura anatómica del hombre, se presta á sus insensatos movimientos. Muchas veces se cogen de las manos formando un círculo cuyo centro ocupan las mugeres, y dan vueltas al rededor como un torbellino, acompañando sus grotescas evoluciones con canciones y palabras sin sentido y sin medida, siendo comun que se prolonguen estas danzas dias y noches enteras. Alguna vez las interrumpen para escuchar un narrador que refiere la vida y hazañas de los antecesores de la tribu, ó bien su propia historia, relatando los hechos mas notables de su familia y los combates personales que ha sostenido;

los enemigos que han sucumbido á sus manos, los sangrientos dramas en que ha figurado, y las mas terribles escenas ocupan su atencion.

Despues que se hallan reunidos asi como en sociedad, y que el historiador ha terminado su relacion, se reviste de humor festivo, y refiere todos cuantos desatinos se le ocurren, y que considera pueden contribuir á la diversion de su auditorio; cuando llega este caso, todos se creen asistidos del derecho de usar de la palabra, y de lucir sus canciones y los ecos de sus conciertos.

Rara vez terminan estas reuniones tranquilamente, pues es muy comun que sirvan para renovar enemistades y odios, y que finalicen siempre con luchas sangrientas y terribles.

Los mas jóvenes se entregan igualmente á los placeres del baile; pero es de otro género mucho mas tranquilo.

Todos se pintan el cuerpo de encarnado y adornan sus cabezas con una especie de frontales guarnecidos de plumas, que escogen de colores muy vivos, y así llaman á este baile el *baile de los pájaros*.

Referiremos como proceden en esta danza que por su originalidad no carece de incidentes extraños.

Los hombres acuden con anticipacion á internarse en lo mas espeso de los bosques y se ocultan tras de los árboles.

En seguida acuden las jóvenes muy despacio, y como procurando que no las divisen, marchando unas tras de otras en cucullas é imitando admirablemente los trinos y los silvidos de diferentes pájaros.

A este llamamiento ó provocacion contestan los hombres tambien imitando los mugidos de las fieras.

Despues de este juego que puede llamarse de escondite, salen los hombres y aparentan huir las mugeres, corren, saltan y continuan de esta suerte por un determinado espacio de tiempo con una agilidad increíble, hasta que cada una de las jóvenes se deja coger solo por el que de antemano profesa alguna inclinacion.

En Surinam, como en la mayor parte de los pueblos salvajes, las formalidades y ceremonias que acompañan y preceden á los matrimonios, son de una simplicidad casi primitiva. Cuando un indio resuelve escoger una compañera, empieza por obsequiarla con el producto de sus cacerías ó pesquerías, ó bien se presenta á ella revestido con sus arneses de guerra, y la ofrece los despojos ó el cráneo de un enemigo si ha tenido la fortuna de combatir y vencer.

Si la joven admite estos presentes, prueba que consiente en que sea su esposo.

Al llegar la noche y cuando presume estará de vuelta en su habitacion á descansar de las fatigas de la caceria, le lleva la joven una olla de carne ó de pescado y regresa en seguida á su cabaña.

Al dia siguiente se determina en el que ha de celebrarse el matrimonio, y en este intervalo se procuran las provisiones necesarias de caza y pescados para el festin que es de rigor en semejantes ocasiones, y para el que convidan á los parientes y amigos. Cuando llega el dia prefijado, el joven entra en la casa de su futura y le dice:

—Te hé escogido por esposa.

Estas palabras bastan, y le sigue. Despues se celebra un convite al que asiste toda la familia y los amigos, pero en el que los hombres se sientan los primeros, en tanto que les sirven sus mugeres, pues jamás las admiten en sus comidas; y esta costumbre es tan rigorosa que ni la recién casada come al lado de su marido.

Es difícil asegurar si estos pueblos profesan ó no religion alguna; pero por lo que hace á los que habitan en las costas, puede decirse que son verdaderos ateos, porque no tienen ningun templo ni vestigio alguno religioso, ni se halla traza que indique ningun género de idolatria como se hallaron en Chile y en el Perú.

Sin embargo, hay entre ellos quien cree en otra vida, en la metempsicosis ó trasmigracion de las almas, y que piensan que el cielo ha existido eternamente, y que solo ha sido creado la tierra y el mar.

Otros conservan acerca de un supremo ser que reconocen, una tradicion singular y segun la que este ser mandó descender á su hijo del cielo sobre la tierra para matar una serpiente horrible que devastaba una parte de América; y que despues que el celeste expedicionario venció al monstruo, se formaron, segun esta misma tradicion, en las entrañas de este animal gusanos que produjeron cada uno un caraibe con su hembra y que poblaron así la Guiana.

(Continuará):

X.

LA INUNDACION.

¿Qué angustioso clamor los aires hiende
que llena el corazón de horror y espanto?
es que el ángel del mal sus alas tiende,
nuncio fatal de destrucción y llanto.

Y brama el aquilón, y ruga el trueno,
y el monstruo sanguinario,
como gigante de sombrío ceno,
crece y crece las márgenes salvando;
y las hambrientas ondas rebramando
se precipitan en feroz carrera;
y el bosque, la ciudad y la pradera
van en su seno horrible sepultando.

Destroza, hiere, mata,
troncha, descuaja y despiadado envuelve
cuanto encuentra a su paso: el fuerte muro,
la indefensa cabaña
y del sagrado templo el mármol duro,
rompe iracundo como débil caña.

Fatídicos resuenan
los lastimeros ayes y gemidos
de los miseros naufragos que llenan
del dragón las entrañas, confundidos
con el acento lúgubre, estridente,
que lanzan al chocar con fiero empuje
batidos por la bárbara corriente,
peñas, troncos, columnas, y el bravo,
mugir violento del furioso río,
que hallando su avaricia el cauce estrecho,
convertir quiere al mundo en ancho lecho.

¡Cuadro desgarrador! ¡Noche sombría
que envuelves en tus funebres crespones
los horrores que vé mi fantasía!
¡Plega ya el negro manto
para que luzca pronto el claro día,
y bañados en llanto
puedan mis ojos contemplar la escena
que de miseria y luto el orbe llena!

Mirad, mirad sobre las turbias aguas
como luchan y giran sin concierto
objetos que el hogar embellecían;
sabrosos frutos del cercano huerto;

animales domésticos que abrían
los anchos surcos en la dura tierra;
y cuanto honrado labrador encierra
en su alegre vivienda encantadora:
los lazos mas sagrados,
rompe el turbión con saña destructora:
gritos desesperados
lanza el amante que impotente mira
abierta de su amor la sepultura
en la negra corriente del Segura.

Y el varonil esposo lucha en vano
por salvar á la esposa idolatrada:
y esfuerzo soberano
por su hermana querida hace el hermano,
al verla de su hogar arrebatada;
y la madre infeliz desfallecida,
por troncos y peñascos combatida,
en sus brazos llevando al inocente
hijo de sus entrañas, de su vida
el hilo frágil que se corta siente.

Llanto, desolación, angustia y duelo
contempla en tu redor la vista mia;
¡oh! triste Murcia, en cuyo fértil suelo
ayer el árbol del placer crecía!

¿Quién de tu negra suerte compasiva
se apiadará? Tus campos arrasados,
tus chozas y palacios arruinados,
al alma dan enojos;
y al huérfano infeliz, tintos en llanto,
y al desnudo y hambriento, ven mis ojos.

¿Quién te dará consuelo en tu quebranto?

Dios ordena á las nubes
que rompan su capúz; brilla la aurora,
y del cielo, cercada de querubines
desciende una visión encantadora.
Es la sublime caridad cristiana
que envuelta en blanco lino,
cual estrella que anuncia la mañana,
tras noche tormentosa al fiel marino,
amante del dolor, del bien hermana,
de la desgracia brilla en el camino
su misión ejerciendo soberana.

Como el sol al romper la densa niebla
con sus rayos los orbes ilumina,
tal su luz celestial se esparce y puebla
los límites de Europa,
y de piadoso bálsamo la copa

vá derramando con celoso anhelo;
y al gustar su dulzura,
grata cual néctar que produce el cielo,
vuela la humanidad á dar consuelo
á los náufragos tristes sin ventura.

Yo, que pobre nací, que humilde cuna
y pobre madre me albergó en su seno;
que riquezas no debo á la fortuna
y alegre vivo á la avaricia ageno;
que afanoso trabajo noche y día
bendiciendo al Señor que me dá aliento
para hallar el sustento
que necesita la familia mia,
nada te puedo dar en tu desgracia:
mas mi súplica elevo en los altares,
y ruego á Dios que su divina gracia
resplandezca por siempre en tus hogares.

J. Ortega Gutierrez.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

(CONTINUACION.)

Luisa y Marta se habian unido para llorar con las misma lágrimas, para sentir con el mismo dolor.

Por que si la anciana amaba á Enrique con la ternura y el delirio de que es capáz el corazon de una madre, la jóven sentia por él al par todo el inefable y purísimo afecto de un primero y castísimo amor.

El mismo golpe, pues, heria á aquellas dos almas tan tiernas, y tan sinceras y tan nobles.

Juntas habian visto pasar largas horas de incertidumbre y afan, sin que nadie viniera á traerles una noticia del que tanto amaban.

Esteban entre tanto habia dado orden para que Juan Manuel saliese de su arresto, y el asistente lleno de alegría habia vuelto á la casa de sus señores, por quien siempre y á toda hora estaba dispuesto á sacrificarse.

El coronel no salia de su despacho, y ensimismado y sombrío le cruzaba á largos pasos, sin

que nada en una y otra hora viniera á sacarle de su larga meditacion.

El asistente, sentado á la entrada de aquella estancia daba vueltas en vano á su pensamiento para adivinar la solucion de todo cuanto habia pasado, que hasta el presente era un problema para él.

Unos pasos que se dejaron percibir en la escalera, le hicieron salir de su abstraccion, por que los conoció muy bien, eran los de su jóven señorito, eran los de Enrique.

Levantóse Juan Manuel rápidamente, y ya iba quizá á formular una frase, cuando Enrique le preguntó con voz breve.

—¿Y mi padre?

—Ahí dentro, respondió el asistente señalando al despacho.

—¿Está solo?

—Sí señor.

—¿Y... y mi madre?

—Encerrada en su cuarto con la señorita Luisa.

—Está bien, permanece en este sitio y cuida de que nadie entre, tengo que hablar con mi padre,

Juan Manuel sin responder se apartó para dejar pasar al jóven, y se situó en el puesto que este le habia designado, con toda la esactitud de la consigna militar.

Enrique penetró en el despacho de su padre.

En su actitud decidida aunque respetuosa, se comprendia que acababa de tomar una enérgica resolucion.

Adelantó algunos pasos y se detuvo ante su padre como un subordinado ante un superior.

Esteban se volvió con rapidéz al sentir sus pasos, y se paró en medio de la estancia.

Su primer movimiento fué lanzarse hácia su hijo: despues se detuvo: le miró con digna gravedad, y le preguntó con severo acento.

—¿A qué viene V. aquí caballero?

—A decirle á V. que he roto todos los lazos que me unian á un pasado que V. juzga deshonorado, que renuncio á toda la posicion, á todos los grados que V. cree no merezco, y que desde hoy solo pensaré en que tengo una afrenta que borrar!

—No comprendo lo que me quiere V. decir, murmuró Esteban.

—Que acabo de ver al ministro de la guerra, y me ha concedido lo que anhelaba.

—¿El qué? preguntó el coronel con estrañeza.

—El honor de partir á tomar parte en la guerra contra los insurrectos de Cuba, como un simple soldado, y para ocupar el puesto de mayor peligro.

Los labios de Esteban temblaron ligeramente, sin embargo, permaneció impasible y frío.

—En mi inesperienza de joven he cometido una de esas faltas que cubren á un hombre de oprobio... lo sé, y sé tambien que el castigo debe seguir á la culpa. Ya vé V. que lo comprendo, y que yo soy al par el reo y el juez.

—Pero... murmuró Esteban, ir así..

—Allí se puede morir mas pronto y con gloria.

—¿Está V. resuelto á llevar á cabo ese propósito?

—¡Oh! si señor: lo hé pensado muy seriamente.

—Mas... su madre de V. quizá se oponga.

—Mi madre... mi madre debe ignorarlo todo, hasta que me halle lejos de aquí.

—Su dolor...

—¡Oh! sufrirá mucho, bien lo sé, pero debe preferir tener un hijo muerto á tenerlo deshonorado!

Esteban guardó un instante de silencio.

La voz de aquellos dos hombres habia tomado poco á poco un timbre conmovido y triste.

En el alma del coronel se sostenia sin duda una lucha terrible, una de esas luchas en que el corazon no está de acuerdo con la razon, y el uno sufre y la otra vacila.

—Está bien! dijo al cabo, procurando dominar su emocion. Está bien, vaya V. y distingase como yo lo deseo y lo espero. Pruebe V. que es digno del apellido que yo he llevado tantos años sin echar en él una sola mancha. Esta accion le reconcilia conmigo, tiene V. pundonor y resolucion ¡estoy contento!

Enrique se pasó una mano por la frente y nada pudo contestar.

Tal vez queria ocultar su profundo pesar, por que entre sus dedos se perdió una gota de llanto.

Esteban se volvió: tampoco queria mostrarse afectado.

Se acercó á la mesa, y tomando las honrosas insignias que en un momento de enojo arrancára del pecho de su hijo, se las entregó diciendo solo.

Vuelva V. á recobrar esas cruces, y esas estrellas.

¡Oh! gracias! murmuró Enrique, las acepto como una prueba de su bondad, pero no las volverá V. á ver sobre mi pecho sin que pueda decir; es digno de llevarlas!

Y... ¿cuándo será la partida? murmuró Esteban lentamente.

—Dentro de algunas horas: esta misma noche.

Las mejillas de Esteban palidecieron mas densamente, sin embargo, nada tuvo que responder.

El joven al ver su silencio comprendió que debia terminar aquella entrevista.

Quiso salir, pero no podia hacerlo de aquel modo frío y violento.

Dudó un instante, reunió todas sus fuerzas, y luego dijo con acento respetuoso y dulce.

—Cuando un hijo parte á la guerra, de donde no todos pueden volver; vá mas tranquilo y mas escudado si lleva la bendicion de su padre sobre la frente, yo... no me atrevo á pedir tanto, pero al menos... el soldado quisiera estrechar la mano de su jefe antes de partir.

Esteban tendió la diestra á su hijo, pero no pronunció una sola frase, ¡le era imposible hacerlo!

Enrique estrechó aquella mano, la llevó á sus labios, mudos tambien, y salió de la estancia rápidamente.

En la puerta encontró á Juan Manuel, que le siguió sin vacilar.

—Conque ¿nos vamos esta noche? dijo cuando Enrique se hallaba cerca de la escalera.

—¡Como! tú! exclamó el joven con asombro.

—¡Yo lo creo! respondió el asistente, pues ¿qué acaso pensaba V. que yo le iba á dejar solo?

Pero ¿tú sabes?

—Me mandó V. que permaneciera en la puerta, y hé tenido que escucharlo todo! la consigna que me dió no me obligaba á taparme los oidos.

Enrique sonrió en medio de su dolor y volvió á preguntar al joven.

—Y te quieres venir con migo?

—¡Oh! pues ya lo creo.

—Pero ¿vas á dejar á mi pobre madre sola tambien?

—La señora no queda ya sola, tiene una hija que la consuele, ¿se olvida V. de la señorita Luisa?

Á este nombre una nueva sombra de pesar se estendió por la frente de Enrique.

—¡Pobre niña! murmuró! ¡Oh! es preciso dejar hechos pedazos dos corazones aquí!

—Si ellas le dijeran al coronel... murmuró tímidamente el asistente.

—¡Oh! ni una ni otra saben nada, y te prohibo, entiendes, te prohibo decirles una sola palabra de todo esto.

—Obedeceré dijo Juan Manuel contrariado, obedeceré.

—Disponlo todo para la noche, y no olvides mis instrucciones.

—Pero ¿iré yo tambien, es verdad? podré servirle, podré cuidarle como siempre?

—¡Oh! no! exclamó Enrique admirado de la lealtad de aquel hombre.

—¡Como!

—No podrás servirme, por que allí seré un soldado como tú; pero podrás consolarme y ser un amigo.

Enrique bajó precipitadamente la escalera, mientras Juan Manuel se llevaba la mano al corazón como si hubiera recibido en él un golpe violento, murmurando al par.

—Yo su amigo! yo!... vamos, es necesario que esto se arregle.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

MARIA.

(CONTINUACION.)

Por fortuna la niña dormía todavía en un profundo y dulce sueño: sus labios sonrosados se agitaban dulcemente, como si continuaran bebiendo la leche que acababa de mitigar su hambre, y había en sus grandes párpados cerrados cierta gracia que conmovió a la vieja religiosa, é inspiró algo de maternal á su corazón habituado hacia mucho tiempo á las austeras indiferencias del ascetismo. Lejos de tratar de combatir un sentimiento tan dulce y tan nuevo, entregóse á él por el contrario sin reserva y gustó de una alegría indecible, al verse protectora de aquel pobre ser abandonado sobre la tierra. Con una inteligencia que no debía esperarse de una mujer educada en un claustro desde su mas tierna infancia, y que había visto consumirse allí lentamente sesenta años de su vida, dió las órdenes necesarias para que los cuidados que habían de prodigarse á la niña fuesen esmerados y bajo su inmediata vigilancia. Por un egoismo de ternura que ciertas afecciones de mujer comprenden solamente, no quiso encargar á una nodriza la educación de aquella niña, de quien la divina Providencia la había hecho madre inmaculada, y resolvió que una cabra continuase el oficio comenzado ya en la noche por las vacas. Ella misma fué á alegir entre el rebaño la mas blanca y la mas linda, y la hizo colocar en un establo que se formó lo mas cerca posible de la celda abacial: en fin, con un instinto que todo lo preveía y comprendía, dispuso lo necesario al cuidado de su hija adoptiva y á la vigilancia personal é inmediata que quería ejercer sobre ella. Una madre no lo hubiera hecho mejor que la abadesa.

Mientras ella se ocupaba de todos esos diferentes cuidados, las demás monjas formaban mil conjeturas sobre el ruidoso suceso de la noche, y las aventuras de la mañana. La abadesa no tomaba ni había tomado la menor precaucion para disimular la llegada de una criatura recién nacida á la comunidad de que era superiora. La única cosa que reservó fué el origen de aquella niña: era pues, necesario atenerse sobre el particular á suposiciones generales y á las incessantes preguntas dirigidas á la tornera. Pero era menester entregarse con precaucion á estas pesquisas, porque la abadesa no confiaba sus secretos á nadie, ni quería que se ocupasen de ellos. Envanecida la tornera con la importancia que la daba aquella aventura, y encantada al verse siendo el objeto de la atención general, contaba á quien quería oirla hasta en sus menores detalles, y aun mucho mas, las circunstancias de la llegada de los desconocidos, la carta misteriosa y la manera extraña con que habían entregado la niña á la abadesa. En tanto que rodeada de un grupo de novicias principiaba por la séptima ú octava vez su inagotable narracion, la madre Mowbray se presentó de improviso y turbó inesperadamente al auditorio y á la oradora.

—Hermana tornera, dijo la superiora con el tono frio y sin réplica con que solía hablar á sus ovejas, retiraos á vuestra celda, donde recitais veinte veces el *Miserere mei Deus* de rodillas y los brazos en cruz. Hareis uso de vuestra disciplina á cada salmo. Hermanas novicias, os impondreis la misma penitencia, id y rogad á Dios que modere en lo sucesivo la intemperancia de vuestra lengua, así como el fervor de vuestra curiosidad.

La tornera y las novicias se retiraron confusas y consternadas á sus celdas, donde cumplieron el rudo castigo que les había impuesto la abadesa y que les valía su curiosidad. La noticia de la manera que la superiora empleaba para corregir la indiscrecion, no tardó en propagarse por el claustro é hizo las conversaciones y conjeturas sino menos vivas, al menos mas reservadas.

Si la abadesa no permitía que se ocupasen del origen de su tierna protegida, en cambio dejaba á las hermanas prodigar sus caricias y sus cuidados á la niña, que recibió solemnemente el bautismo de manos de monseñor el obispo de Leon, en persona.

La abadesa tuvo á la niña en la pila con don Jerónimo Mac-Mahon, viejo benedictino, su confesor. Estas tres solas personas tuvieron conocimiento de la redaccion de la partida de bautismo, escrita de manos del prelado, que la guardó

con otros papeles en una caja de oro sellada con su sello, depositándola despues en un paraje seguro, y solo de él conocido. La niña fué puesta por su padrino y por su madrina bajo la invocacion de Nuestra Señora, protectora de la abadía, y llevó en adelante el nombre de María.

Diez y nueve años trascurrieron, al cabo de los cuales la abadesa permaneció sola dueña de su secreto, por que el obispo habia muerto, así como tambien el viejo benedictino: en todo este tiempo no cesó de velar sobre su pupila con la solicitud de una madre. Quiso que su educacion fuese mucho mas esmerada que la que entonces se daba á las jóvenes, nada indicaba en ella la intencion de destinar á su ahijada á tomar el velo en la abadía de Nuestra Señora. Lejos de esto, la daba consejos sobre la conducta que debia observar un dia en el mundo, y aun dejaba entrever muchas veces que altos destinos estaban reservados á la niña.

Como quiera que sea, María llevó desde el dia de su bautismo el traje de las novicias de la abadía de Nuestra Señora. Su hermosura era estremada; nada puede dar mejor idea de la pureza de sus facciones y de la gracia de toda su persona, que aquellas palabras de Brantome las cuales parecen escritas expresamente para ella:

«La blancura de su rostro apostaba con la blancura de su velo, á quien podia mas, pero el artificio de su velo perdía la apuesta y la nieve de su blanco rostro eclipsaba á la otra. Tenia aun la perfeccion de la voz muy dulce y muy buena.»

De este modo, á escepcion de algunas religiosas enemigas de la superiora, todas la amaban y la adoraban en el convento, y ninguna de ellas la tuvo envidia por el favor que aquella le dispensaba. Sin darse cuenta de los motivos de esta opinion, habíanse acostumbrado á mirar á María como una persona superior por su rango á todos los miembros de la comunidad y á la cual debian tributar toda clase de miramientos y hasta respetuosa veneracion.

María pasaba una vida dulce y llena de serenidad. Algunas veces se atrevió á preguntar á la abadesa sobre los misterios de su nacimiento, pero ésta la prohibió dulcemente que tratase de penetrar secretos que las circunstancias no la permitian aun revelar. La joven se resignó, y no volvió á hacer mas preguntas; solo algunas veces se la veia vagar triste y pensativa en los jardines y bajo los espesos árboles de la abadía, pero una palabra de su madrina bastaba casi siempre para volverla á la alegria y á sus juegos con las novicias.

Por lo demás, ella sobresalia siempre en todos los ejercicios por la flexible gracia de sus

menores movimientos, y por su loca travesura de niña que sabe cuanto la aman. Jamás abusó de la predileccion que se la tenia, y solo empleó su influencia para con su madrina en obtener el perdon de alguna ligera falta cometida por una novicia.

A fines del año 1587, la abadesa de Nuestra Señora de Soissons cayó en una melancolía profunda. Recibia continuamente cartas, las cuales parecia que acrecentaban su dolor. En fin, á pesar de su avanzada edad, emprendió un viaje que duró tres meses; su pesar, lejos de disminuirse á la vuelta, no hizo mas que contraer un carácter mas grave, y mas amargo. Pasaba los dias y las noches al pie del altar y entregábase á los mas duros ejercicios de la penitencia, invitando continuamente á María á que orase á su lado y mezclase sus plegarias á las suyas.

—Orad, decia, orad hija mia, porque Dios para desarmar su cólera, necesita las súplicas de un ángel inocente y puro como vos! Orad, María, orad, porque una gran desgracia amenaza á la mas digna y santa de las mujeres! Si la cólera céleste no se apasigua, va á cometerse un gran crimen sin ejemplo.

A fines de Febrero recibió la abadesa otra carta. La noticia que contenia esta misiva produjo en la anciana religiosa tan fatal impresion que cayó sin conocimiento al leerla. Cuando volvió á la vida, su razon pareció algunos instantes extraviada, decia algunas palabras incoherentes, y sus labios octojenarios que habian proferido siempre alabanzas á Dios, se contrajeron fuertemente para no exhalar quejas contra el rigor divino. Lágrimas abundantes pusieron tregua á aquella crisis, merced á la llegada de María, que provocó con su presencia el llanto de la abadesa, arrojándose en sus brazos y estrechándola violentamente contra su pecho.

—Niña mia, la dijo, llora porque el crimen se ha ejecutado! Llorar, porque la reina Isabel acaba de hacer asesinar á su hermana, la reina María Stuardo!

—¿Y qué es eso de la reina María Stuardo y la reina Isabel? preguntó María sorprendida, pues por la primera vez llegaban á sus oídos aquellos nombres en el retiro del claustro de donde jamás habia salido.

—La una es víctima, la otra verdugo, replicó la abadesa. La una es mártir, la otra una hereje, Rogad á Dios, hija mia, para que la misericordia divina reciba á la una en su seno y perdone á la otra y le dé el arrepentimiento de su inaudita maldad.

Orad, hija mia, orad, porque principian dias de luto y de desgracia! orad porque la mano del

Señor se ha estendido sobre Escocia, mi patria; orad; la sangre corre! La guerra civil ruje y los hijos dejan matar á su madre sin sacar las espadas para defenderla! Orad, porque es menester que corazones puros desarmen la cólera celest! Orad, porque hay pobres huérfanas abandonadas, solas sobre la tierra, sin proteccion y sin apoyo.

Al dia siguiente se celebró en la abadía de Nuestra Señora de Soissons, como en todos los conventos de Francia, un oficio fúnebre por el descanso del alma de María Stuardo, reina de Escocia. Maria oró con mas fervor quizá que el que tenia de costumbre porque sabia que su madrina era escocesa y habia visto el dolor que la habia causado la noticia de la muerte de la régia mártir.

CAPÍTULO II.

LA EXPULSION.

Desde su fatal viaje, y principalmente desde que supo la muerte de la reina de Escocia, la abadesa de nuestra Señora de Soissons se encorvaba rápidamente bajos los achaques de la caducidad que parecian haberla respetado hasta entonces, á pesar de sus ochenta años. Su frente apareció señalada con surcos mas profundos; se apagó el brillo de sus ojos, un temblor convulsivo hizo débiles y torpes sus manos, y sus voz antes tan clara y sonora, solo pronunciaba palabras ininteligibles. Pronto necesitó que la llevarán al coro, á la hora de los oficios, porque sus piernas paralizadas se negaban á todo movimiento. Solas su alta inteligencia y su infatigable actividad de espíritu, conservaron su poder y su fuerza. Gobernaba como en tiempos pasados el convento con su voluntad firme y tal vez manifestaba mas energía que otras veces contra todo lo que pudiera aparecer una tentativa de invasion á su poder. Una hermana priora, de gran influencia en la comunidad, y que ligada por su nacimiento á la familia real, creia poder prescindir en algunos puntos insignificantes de la rigurosa observancia de la regla, fué reprendida por la abadesa, que le dirigió una amonestacion severa y pública. María no se ocupaba de otra cosa que de recibir y llevar las órdenes de la superiora á las religiosas del convento, porque María habia llegado á ser el ayudante de campo de su madrina y su enfermera, velando á su lado de dia y noche y prodigándola

los cuidados de una ternura filial. ¡Ay! estos cuidados no pudieron vencer los progresos de la enfermedad ni calmar el dolor profundo que devoraba á su bienhechora: frecuentemente al mirar la vieja religiosa á su ahijada se deshacia en lágrimas y se entregaba al desconsuelo. Estrechávala contra su pecho, cubria de besos su frente é imbocaba para aquella inocente niña la misericordia de Dios. Estado tan violento no tardó en gastar la poca fuerza y existencia que quedaba á la octogenaria y un dia la dijo el médico de la abadía, despues de haber pasado media hora estudiando los síntomas de su mal.

—Madre abadesa, siempre me he encomendado á vuestras oraciones en este mundo; espero que no me olvidareis y que continuareis vuestra intercesion mañana á los piés de Dios.

La abadesa miró al médico con viva emocion.

—¡Luego no me engañaba! respondió la enferma. ¡Dios mio! es preciso que abandone á la huérfana que no tiene mas apoyo que yo sobre la tierra. María! mandad que venga María! Necesito hablarla ahora mismo.

La huérfana que segun costumbre estaba en la pieza inmediata, acudió al punto.

—Hija mia, la dijo la vieja religiosa con una viva agitacion, hija mia, es menester que tomes el velo hoy, ahora mismo! es menester que pronuncies tus votos. Muchas veces te he dicho que no estabas destinada á la vida del claustro y me he opuesto á tus deseos cuando me suplicas que te dejase tomar el hábito. Ahora soy yo quien te suplica que lo hagas, quien te lo manda en caso de necesidad.... ¡Dios mio! dejadme vivir hasta que termine esta ceremonia, hasta que la huérfana tenga un asilo seguro! Que vayan á buscar á monseñor el obispo; en nombre de Cristo y de su salvacion que venga inmediatamente.

Su agitacion continuó aumentándose mientras ejecutaban sus órdenes, y fueron á buscar al prelado. Este, tan pronto como conoció el peligro de la abadesa y el ardiente deseo que tenia de verle, se apresuró á ir, y la encontró casi en el delirio de una fiebre ardiente.

(Continuará)

E B.